

BIBLIOTECA DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO

- | | |
|--|--|
| 1 — C. G. Jung: <i>Conflictos del alma infantil</i> | 22 — W. McDougall: <i>Introducción a la psicología</i> |
| 2 — K. Horney: <i>La personalidad neurótica de nuestro tiempo</i> | 23 — G. Palmade: <i>La caracterología</i> |
| 3 — W. Hollitscher: <i>Introducción al psicoanálisis</i> | 24 — M. Reuchlin: <i>Historia de la psicología</i> |
| 4 — F. Künkel y R. E. Dickerson: <i>La formación del carácter</i> | 25 — G. Viaud: <i>La inteligencia</i> |
| 5 — J. Rumney y J. Maier: <i>Sociología. La ciencia de la sociedad</i> | 26 — D. Lagache: <i>El psicoanálisis</i> |
| 6 — A. Adler: <i>Guiando al niño</i> | 27 — M. Mégret: <i>La guerra psicológica</i> |
| 7 — E. Fromm: <i>El miedo a la libertad</i> | 28 — H. Baruk: <i>Las terapéuticas psiquiátricas</i> |
| 8 — A. N. Whitehead: <i>Los fines de la educación</i> | 29 — P. Chauchard: <i>La medicina psicosomática</i> |
| 9 — C. G. Jung: <i>Psicología y educación</i> | 30 — P. Pichot: <i>Los tests mentales</i> |
| 10 — E. Fromm: <i>El arte de amar</i> | 31 — J. Maisonneuve: <i>Psicología social</i> |
| 11 — V. Klein: <i>El carácter femenino</i> | 32 — J. C. Filloux: <i>Psicología de los animales</i> |
| 12 — A. Freud: <i>Introducción al psicoanálisis para educadores</i> | 32 — G. Palmade: <i>La psicotécnica</i> |
| 13 — B. Malinowski: <i>Estudios de psicología primitiva</i> | 34 — R. Binois: <i>La psicología aplicada</i> |
| 14 — B. Russell: <i>Análisis del espíritu</i> | 35 — J. Chazal: <i>La infancia delincuente</i> |
| 15 — G. Highet: <i>El arte de enseñar</i> | 36 — M. Abeloos: <i>El crecimiento</i> |
| 16 — L. Klages: <i>Los fundamentos de la caracterología</i> | 37 — P. Chauchard: <i>La química del cerebro</i> |
| 17 — E. Jones y otros: <i>Sociedad, cultura y psicoanálisis de hoy</i> | 38 — J. Delay: <i>La psicofisiología humana</i> |
| 18 — M. Klein y otros: <i>Psicología infantil y psicoanálisis de hoy</i> | 39 — P. Chauchard: <i>La muerte</i> |
| 19 — F. Alexander, A. A. Brill y otros: <i>Neurosis, sexualidad y psicoanálisis de hoy</i> | 40 — P. H. Maucorps: <i>Psicología militar</i> |
| 20 — F. Dunbar y otros: <i>Medicina psicosomática y psicoanálisis de hoy</i> | 41 — P. Chauchard: <i>Fisiología de la conciencia</i> |
| 21 — P. Schilder y otros: <i>Psiquiatría y psicoanálisis de hoy</i> | 42 — E. Baumgardt: <i>Las sensaciones en el animal</i> |
| | 43 — F. Grégoire: <i>El más allá</i> |
| | 44 — P. Chauchard: <i>El cerebro humano</i> |
| | 45 — H. Piéron: <i>La sensación</i> |
| | 46 — J. C. Filloux: <i>El tono mental</i> |
| | 47 — A. Bal: <i>La atención y sus enfermedades</i> |
| | 48 — R. S. Woodworth, Ch. Spearman y otros: <i>Psicologías dinámicas y factoriales</i> |

(Sigue en la pág. 229)

VOLUMEN

51

H. DELACROIX, E. CASSIRER, K. GOLDSTEIN Y OTROS

PSICOLOGIA DEL LENGUAJE

Colaboran

H. DELACROIX

Decano de la Facultad de Letras de París

E. CASSIRER

Profesor de la Universidad de Hamburgo

K. BÜHLER

Profesor de la Universidad de Viena

H. PONGS

Profesor de la Universidad de Stuttgart

K. GOLDSTEIN

Profesor de la Universidad de Berlín



EDITORIAL PAIDÓS.
BUENOS AIRES

más complejas que las que regulan la comprensión de las situaciones elementales y la manipulación de los objetos ¹⁹.

HENRI DELACROIX

Traducción de Ida Germán de Butelman

¹⁹ En su libro *L'acquisition du langage et ses retards*, Feyeux establece sobre observaciones muy sólidas los defectos de inteligencia y caracterológicos en los niños que comprenden el lenguaje y no hablan. Sus opiniones apoyan la tesis que nosotros sostenemos en la página 14.

EL LENGUAJE Y LA CONSTRUCCION DEL MUNDO DE LOS OBJETOS

I

Un doble camino se nos ofrece para la interpretación teórica del conjunto de las funciones cuya unión y penetración recíproca determinan la estructura de nuestra realidad moral e intelectual. Podemos considerarlo esencialmente como una copia, un hecho secundario, o como un original, un hecho primitivo. En el primer caso, partimos de la idea de que el mundo, lo "real" con lo que tales funciones se vinculan como con su objeto, es dado como una cosa acabada, en su existencia y en su estructura, y que se trata, para el espíritu humano, de tomar simplemente posesión de esa realidad dada. Lo que existe y subsiste "fuera" de nosotros, debe de alguna manera ser transportado a la conciencia, ser transformado en algo interno, sin que este cambio le agregue ningún carácter verdaderamente nuevo. El mundo se refleja en la conciencia como en un espejo; pero cuanto más pura y fiel es esta imagen, tanto más se limita a reproducir las determinaciones que preexistían como tales en el objeto y que estaban en él claramente separadas las unas de las otras. De este carácter de repetición, de *μίμησις*, atribuible al conocimiento, al arte, al lenguaje, cabe partir para intentar comprender el valor y la función de éstos. Mas la historia de la filosofía —y sobre todo del problema gnoseológico— desde hace largo tiempo nos han mostrado la insuficiencia y los límites esenciales de esta interpre-

tación y criterio. La convicción de que la mera teoría de la copia no explica la naturaleza del conocimiento y, con mayor razón, no la agota, ha penetrado cada vez más, por lo menos en la crítica del conocimiento, desde la "revolución copernicana" de Kant. Como este filósofo lo demuestra en las discusiones decisivas de la *Crítica de la razón pura*, "la unión de una multiplicidad" jamás puede proceder de los sentidos, por el contrario, es "un acto de la espontaneidad de la facultad representativa". Kant denomina este acto "síntesis", "para indicar que no podemos representarnos nada como unido en el objeto sin haberlo primero unido nosotros mismos y que, de todas las representaciones, la unión es la única que no está dada por los objetos; ella no puede ser más que producida por el sujeto mismo, porque es un acto de su espontaneidad" (B. 130). Debemos admitir una "síntesis" tal, y en consecuencia un "acto" tal de la espontaneidad, no sólo para el conocimiento teórico, sino para cada modo y dirección fundamental de nuestra formación intelectual. Este acto existe en toda función verdaderamente creadora de formas; no sólo es necesario para el conocimiento científico del mundo, sino para esa suerte de visión y construcción del mundo que se realiza en el lenguaje y en el arte. No obstante, si queremos seguir viendo en el conocimiento, en el arte y en el lenguaje meros reflejos del mundo, es preciso no olvidar que la imagen dada por ese espejo no depende únicamente de la naturaleza del objeto, sino también de la nuestra propia; que no reproduce un dibujo ya dado en el objeto, sino que implica el acto primitivo que crea al modelo. Por tanto, nunca es ella una mera copia, sino la expresión de una fuerza creadora original. Las imágenes espirituales del universo que poseemos en el conocimiento, en el arte o en el lenguaje son entonces, para designarlas con una expresión de

Leibniz, "espejos vivientes del universo". No son simples recepciones y registros pasivos, antes bien, constituyen actos del espíritu y, cada uno de estos actos originales traza para nosotros un esquema particular y nuevo, un horizonte determinado del mundo objetivo. Tales imágenes no proceden simplemente de un objeto acabado, sino que llevan hacia él y a él: son condiciones constitutivas de su posibilidad. En lo que atañe al objeto del arte, al objeto estético, cabe percatarse inmediatamente de esta ley oponiendo las unas a las otras las variedades de la creación y de la "figuración" plástica en las diferentes artes. La creación en las artes plásticas —pintura, escultura, arquitectura— no resulta de que éstas comenzarían todas estableciendo una determinada imagen, como un molde acabado de espacio sensible, para transportar luego a él objetos particulares. No se limitan estas artes a descubrir el espacio, antes bien, deben conquistárselo y, cada una lo hace a su manera personal, propia, específica. No son meras transposiciones o copias de un espacio rígido y preexistente, sino vías de acceso al espacio; no reproducen mecánicamente una "exterioridad recíproca" preexistente de las cosas, sino que son verdaderos órganos de la construcción del espacio. Como Adolfo Hildebrandt lo demuestra en sus trabajos capitales, sólo remontrándonos a esa fuerza orgánica fundamental podremos resolver el problema de la "forma" en el arte plástico. Y desde que Guillermo Humboldt, cuyo pensamiento al respecto se vincula íntimamente con el de Kant, comprendió el problema de la crítica filosófica del lenguaje y esbozó en su primer programa sistemático, se ha reconocido y sólidamente establecido, en el dominio del lenguaje, la misma ley. Humboldt calificó de "verdaderamente desastrosa para la lingüística" la idea muy difundida de que las diferentes lenguas no harían otra cosa que asignar nombres a

una misma masa de objetos y de conceptos existentes independientemente de ellas. Por el contrario, reclama una interpretación y un análisis que muestren que cada lengua particular contribuye a la formación de la representación objetiva y cómo procede ella a tal formación. En su entender, la diferencia de lenguas proviene menos de la diferencia de sonidos y de signos que de la de las concepciones del mundo. "En la formación y en el uso de la lengua transmítese necesariamente todo el carácter particular de la percepción de los objetos. Pues la palabra nace precisamente de esa percepción; no es una impronta del objeto en sí, sino de la imagen que éste engendra en el alma".

II

Mediante esta tentativa de referir las formas del lenguaje a ciertas formas y actitudes psíquicas fundamentales, Humboldt colocó a la psicología ante una nueva tarea. Pero si observamos el desarrollo general de la psicología durante el último siglo, comprobaremos que ésta no abordó tal tarea sino con vacilación y casi a pesar de sí misma. Cierto es que no se limitó a los problemas de la psicología individual; sus progresos lo llevaron a los problemas de la psicología colectiva, de la psicología de los pueblos (*Völkerpsychologie*) y, en los principios y fundamentos de esta nueva disciplina durante algún tiempo creyó haber encontrado una base sólida y segura para la ciencia del lenguaje. No obstante, todos los estudios lingüísticos realizados según los principios de la psicología de los pueblos muestran, precisamente desde el punto de vista metodológico, un mismo defecto e idéntica estrechez. Sus análisis del lenguaje apóyanse esencialmente sobre los dos conceptos fundamentales que determinaron y dominaron toda la psicología

del siglo XIX. En los fundadores de la psicología de los pueblos, Lázarus y Steinthal, el concepto herbartiano de la apercepción ocupa siempre una posición central; aparece como la verdadera llave que debe abrir el mundo de los fenómenos lingüísticos. Incluso en Wundt, que en muchos aspectos marca un progreso teórico sobre esa primera tentativa, un problema tan importante y central como el del sentido de las palabras y de los cambios semánticos plantéase todavía en el círculo habitual de ideas de la psicología asociacionista y permanece allí como aprisionado. Sólo paulatinamente asoma en la psicología moderna la idea de que esos dos conceptos fundamentales —la apercepción de Herbart y la asociación de Wundt— no pueden llegar hasta la esencia de esa verdadera "síntesis" que tiene lugar en todo acto original del lenguaje ni expresarla adecuadamente. En el fondo, la psicología de los pueblos ha seguido siendo una psicología de hechos elementales. Asimismo, ella procedía con arreglo a ese viejo ideal del conocimiento, la *encheiresis naturae*, que creía poseer tanto más firmemente las partes de un todo cuanto más había aflojado su "vínculo espiritual". La psicología hoy ha renunciado casi por completo a ese ideal, ya no cree poder comprender las formas y las unidades psíquicas, disociándolas en elementos. Mas desde este criterio totalmente negativo, hasta llegar al dominio positivo del problema del lenguaje, media todavía gran trecho. Pues entonces surgió una nueva dificultad metodológica. Humboldt ha dicho que una verdadera definición del lenguaje sólo puede ser genética.

Para comprender el lenguaje no hay que detenerse en sus formas, sino buscar la ley interna de su formación. No es lícito considerarlo como una cosa acabada, como un producto; al contrario, hemos de ver en él una producción, un trabajo del espíritu,

que se repite eternamente. ¿Pero cómo llegar hasta ese trabajo? ¿Cómo pasaremos del producto verbal al proceso verbal? Los métodos conocidos y utilizables de la psicología parecen fracasar en este problema. Ni la experimentación, ni la observación interior proveen aquí medio seguro alguno, pues tanto la una como la otra muévense ya en un mundo moldeado por el lenguaje; lo suponen, en lugar de observarlo y describirlo, por así decir, en su *status nascens*. Es el lazo del lenguaje lo que une al investigador con sus sujetos y les permite entenderse. Y toda autoobservación, todo conocimiento de nuestros propios estados interiores están condicionados y dirigidos por el lenguaje en grado muy superior de lo que comúnmente nos percatamos. El pensamiento no sólo es, como ha dicho Platón, una "conversación del alma consigo misma", sino que hasta en el dominio de la intuición y de la percepción, hasta en las honduras del sentimiento, vuelve a encontrarse esa unión, esa amalgama indisoluble con el lenguaje. En cuanto a la moderna psicología del pensamiento, ésta convierte francamente esta "adherencia del pensamiento a la palabra" (*Worthaftigkeit*), en su principio rector. Entonces, puesto que el lenguaje es el medio en que se mueven toda aprehensión y comprensión ¿cómo podría ser éste mismo comprendido por la psicología? No es un camino directo el que aquí puede conducir a la meta, sino indirecto; sólo cabe tratar de remontarse, por una conclusión regresiva, de lo formado al principio formador, de la *forma formata* a la *forma formans*. Si se lograra encontrar una región del alma que estuviera específicamente ligada al lenguaje y que llevase esencialmente su sello, tal vez se descubriría en su estructura un testimonio indirecto sobre el devenir y la génesis del lenguaje, tal vez leeríase en su desarrollo la ley

de formación y de organización a la que el lenguaje está sujeto.

III

La tesis cuyo intérprete yo querría ser aquí, tiende a mostrar que esa región ciertamente existe, en el sentido de que es preciso admitir una relación esencial y necesaria entre la función fundamental del lenguaje y la de la representación de los objetos. La representación "objetiva" —y es esto lo que trataré de explicar— no constituye el punto de partida del proceso de formación del lenguaje; antes bien, es la meta a que dicho proceso conduce; no es su *terminus a quo*, sino su *terminus ad quem*. El lenguaje no entra en un mundo de percepciones objetivas sólo para asignar "nombres" que serían signos puramente exteriores y arbitrarios a objetos individuales dados y claramente delimitados los unos respecto de los otros. Es de por sí un mediador en la formación de los objetos; es, en un sentido, el mediador por excelencia, el instrumento más importante y precioso para la conquista y la construcción de un verdadero mundo de objetos. La justificación plena de esta tesis mediante la filosofía del lenguaje, excedería con mucho los cuadros de esta exposición¹; me limitaré a ilustrarla con algunos ejemplos significativos tomados del cuadro de los problemas psicológicos. Al presente, la propia psicología ha comprendido claramente y definido con precisión la manera cómo se plantea el problema de la representación de los objetos. Ya no considera tal representación como un hecho de donde el examen psicológico podría partir como de un dato, de una cosa "completamente sim-

¹ Cf. mi *Philosophie der symbolischen Formen*: vol. I, *Die Sprache* y vol. III, *Phaenomenologie der Erkenntnis*, Berlín, 1923, 1929.

ple", sino que cada vez reconoce más en ella un problema más que se le plantea al análisis psicológico. La psicología genética moderna ha puesto fuera de toda duda que toda vida consciente no siempre sigue las vías de la aprehensión de objetos. En los animales, sobre todo, el mundo de la representación ignora todavía la transformación de las impresiones en representaciones "objetivas" y el principio de la constancia y de la identidad del objeto que desempeña un papel determinante y decisivo en nuestra aprehensión de la realidad. Que para caracterizar ese mundo de la representación se hable, con Heinz Werner², de un modo de aprehensión "difusa" en los animales, o que se lo describa, según Hans Volkelt³, como un conjunto de "cualidades de complejos", encuéntrase siempre una frontera precisa que lo separa de la región de la percepción específicamente humana. Por difícil que sea determinar inmediata y detalladamente este límite, cuanto nos es dable concluir indirectamente acerca de la forma de la vida animal reafirma su existencia. Son en particular las fundamentales investigaciones de Uexküll que han arrojado mucha luz sobre la oposición entre los dos mundos de la representación, el humano y el animal. Nos enseñan, cómo cada animal tiene su particular "mundo externo" y su particular "mundo interno"; cómo se halla situado en un espacio vital que le es propio y específicamente adaptado. Pero el vivir y actuar en ese espacio de ningún modo equivale a intuirlo sensiblemente; pese a que el animal vive en dicho espacio, es incapaz de oponerse a él objetivamente y, con mayor razón, de

² Heinz Werner. *Einleitung in die Entwicklungspsychologie*, Leipzig, 1926, p. 73.

³ Volkelt, *Ueber die Vorstellungen der Tiere. Arbeiten zur Entwicklungspsychologie*, publicados por Félix Krueger, I, 2, Leipzig, 1914.

representárselo como un todo unificado de una determinada estructura. El espacio animal permanece en el nivel del espacio de acción y de eficiencia; no se eleva al nivel del espacio de representación y de construcción. De aquí proviene el carácter cerrado y estrecho del mundo de los animales. Uexküll dice que los animales inferiores, en particular, descansan tan tranquilamente en su mundo externo como un niño en su cuna. "Las excitaciones del mundo externo forman un sólido tabique que encierra al animal como los muros de una casa que se habría edificado a sí misma, y lo separan de todo un mundo que le permanece extraño"⁴. Pero esta muralla protectora que envuelve al animal es al mismo tiempo, la prisión en la cual está encerrado para siempre. No es posible atravesar esos muros y salir de esa prisión más que en un cierto nivel de vida, donde el ser ya no se halla adherido a la esfera de la eficiencia, de la "acción" y de la "reacción", sino que llega a la forma de la representación y a través de ella a la forma primaria del saber. Entonces todo el horizonte de la vida cambia en un momento. El simple espacio de la acción conviértese en el espacio de la mirada, el campo de la acción tórnase campo de la visión. Y es precisamente en esta transformación, en esta *μετάβασις εις γέρας αλλο γένος*, que el lenguaje desempeña un papel esencial. En el desarrollo del lenguaje parece que hay una fase en la cual aún cabe observar esta liberación en forma directa y, por así decir, tocarla con el dedo. Todas las observaciones y descripciones del habla infantil han insistido sobre este punto, destacando la "revolución intelectual" que estalla en el niño en el momento cuando por primera vez se despierta en él la conciencia del simbolismo verbal. Stern describe tal despertar como

⁴ J. von Uexküll, *Umwelt und Innenwelt der Tiere*, 1909.

sigue: "el niño no sólo emplea las palabras como símbolo; también *advierte* que las palabras son símbolos y continuamente *busca* palabras. Acaba de hacer uno de los más importantes descubrimientos de toda su vida que a todo objeto le corresponde para siempre un complejo sonoro que lo simboliza y que sirve para designar y comunicar; *cada cosa tiene un nombre*"⁵ Desde entonces el niño tendrá una necesidad casi insaciable de saber los nombres de las cosas, una verdadera "hambre de nombres" que se manifiesta en un preguntar continuo. Declárase en el niño —como anota un observador— una verdadera manía de denominación. Sin embargo, desde el punto de vista psicológico no parece que se describa esta tendencia en términos suficientemente exactos cuando no se ve en ella más que una suerte de curiosidad intelectual de cosas nuevas. El deseo de saber, en el niño, no apunta hacia el nombre en sí mismo, sino hacia la cosa para la cual tiene ahora necesidad del nombre; y esta necesidad sólo la tiene a los fines de la conquista y la estabilización de ciertas representaciones de objetos. Algunos psicólogos han señalado que esta etapa del lenguaje representa, desde el punto de vista intelectual, un progreso tan importante como el aprendizaje de la marcha en el dominio del desarrollo corporal. Pues así como el niño que corre no necesita ya esperar que las cosas del mundo externo vengan a él, así el niño que pregunta posee un instrumento nuevo para intervenir personalmente en el mundo y para construirse él mismo ese mundo. Prosiguiendo esta analogía, cabe decir que el nombre y el saber relacionado con él desempeñan en el niño idéntico papel a la mano que lo conduce y lo guía en su marcha, o el bastón sobre el cual se apoya. Armado con el nombre, puede

⁵ Clara y William Stern, *Die Kindersprache*, 4^a ed., Leipzig, 1928, p. 190.

él entrenarse en la representación de los objetos. Pues no debe creerse que esta representación tiene ya para el niño una existencia estable; debe ser conquistada y consolidada⁶. Y para consolidarla el nombre es indispensable. El hecho de que en el niño la forma de la interrogación sobre los nombres jamás consista, que yo sepa, en preguntar cómo una cosa "se llama", sino por el contrario, en preguntar lo que ella "es", es característico. El niño no se interesa en el acto de designar, que por otra parte todavía ignora completamente en cuanto acto aislado. También es característico que los pueblos primitivos no tengan todavía conciencia de una verdadera separación entre la "palabra" y la cosa; por el contrario, la palabra es un elemento objetivo de la cosa y constituye verdaderamente su esencia propia. Así, el niño pregunta el nombre con el fin de tomar en cierta manera, por su mediación, posesión de la conciencia de la cosa. Prodúcese entre la cosa y el nombre una verdadera "concrecencia"; se desarrollan apoyados la una en el otro y mezclados entre sí. No es posible observar directamente el proceso psicológico de esta concrecencia, pero cabe comprenderlo considerando el fin hacia el cual tiende y se orienta toda representación objetiva. Tal fin es nada menos que la formación espiritual de una unidad. "Decimos —son palabras de Kant— que conocemos el objeto cuando hemos realizado una unidad sintética en la diversidad de la intuición". Es en esta

⁶ Sobre el hecho de que la representación de la identidad sustancial de una cosa no es una posesión primitiva, sino una de las *adquisiciones* más difíciles de la vida de la representación en el niño, véanse sobre todo las exposiciones de K. Bühler, *Die geistige Entwicklung des Kindes*, 6^a ed., Iena, 1931, y de Ch. Bühler, *Kindheit und Jugend, Genese des Sprechens*, 8^a ed., Leipzig, 1931, cap. I 8, 9. (De ambas obras hay traducción castellana: *El desarrollo espiritual del niño*, Madrid, Espasa Calpe, 1934; *Infancia y Juventud*, Bs. As., Espasa Calpe, 1949, [T.]).

producción de la unidad sintética que la lengua coopera. La crítica escéptica del lenguaje, desde la época de la sofística griega hasta Fritz Mauthner, siempre ha conceptualizado como una imperfección real del lenguaje su necesidad de designar con una sola palabra una multitud de impresiones o de representaciones diferentes, ya que así pierde la riqueza infinita de la realidad, su radical individualidad, su carácter concreto y vivo. Pero lo que se considera defecto fundamental del lenguaje y se incrimina como pobreza resulta ser, cuando se lo observa de más cerca, una de sus cualidades principales. Pues sólo por ese medio puede el lenguaje llegar a una nueva "synopsis" intelectual de lo múltiple y alcanzar la *συναγωγή εἰς ἓν*, condición de la contemplación de las ideas según Platón. Una casa vista de frente, de atrás, de costado, un objeto considerado desde diferentes puntos de mira y bajo distintos alumbrados, son sin duda impresiones sensibles muy distintas. Pero en cuanto que, en el desarrollo del lenguaje, en la adquisición del "nombre", un signo común es dado y asignado a cada una de tales impresiones, éstas contraen mutuamente un nuevo vínculo y entran en una nueva relación. La unidad del nombre sirve de punto de cristalización para la multiplicidad de las representaciones; los fenómenos heterogéneos en sí mismos se hacen homogéneos y semejantes por su relación con un centro común. Merced a esa relación, conviértense en los fenómenos de un solo y mismo "objeto", apareciendo como otras tantas siluetas de éste. Allí donde la fuerza de la "función denominativa" resulta paralizada a consecuencia de perturbaciones patológicas, la ligadura de la unidad objetiva parece aflojarse de nuevo. La unión cede lugar al desmembramiento: en lugar del orden y de la unión categorial, encuéntrase una multiplicidad variada, pero sin relación.

Gelb y Goldstein han descrito un caso de amnesia de los nombres de los colores en que esta situación aparece claramente. El enfermo, que había perdido el uso de los nombres generales de colores como rojo, amarillo, etc., sentía y "veía" el mundo cromático de modo completamente distinto que el hombre sano. Percibía y distinguía de la manera más precisa cada matiz particular, pero no ordenaba esos matices en ciertas tonalidades fundamentales: no los percibía como "perteneciendo" a éstas. De hecho su mundo cromático era, en cierto sentido, más rico y más concreto, o —como lo dicen expresamente Gelb y Goldstein— era un mundo "más multicolor" (*bunter*); pero esta diversidad pagábase al precio de una falta de agrupamiento y de articulaciones sistemáticas. Si no me equivoco, este caso particular contiene toda una teoría general. También Head, en su libro sobre la afasia, destaca que en ciertos casos de afasia en que la palabra, sin estar suprimida, disminuye en ciertos respectos, el mundo de la representación y de la percepción de los enfermos, también manifiesta un cambio característico. Los pacientes prefieren las expresiones "pintorescas" a las designaciones generales y abstractas; "pintan" los objetos antes que "dibujarlos". En todos estos hechos afirmase el íntimo parentesco que existe entre cierta forma y dirección esencial del comportamiento verbal y ciertas formas de la aprehensión de los objetos; la regresión de uno de los factores implica la del otro⁷.

IV.

Hay todavía otra dirección fundamental en la que cabe seguir esa fuerza, inherente al lenguaje, que tiende a representar, a determinar y a hacer resaltar

⁷ Cf. mi *Phil. der symb. Formen*, vol. III, 1929, p. 255.

el "objeto". Tal fuerza no sólo sirve para construir la imagen puramente teórica del mundo, no menos poderosa se muestra, desde el punto de vista práctico y moral, en la organización del mundo de la voluntad. El yo sensitivo y volitivo deviene otro ser tan pronto entra en el círculo mágico del lenguaje. Idéntica situación también se observa aquí: el lenguaje no sólo sirve de manera secundaria a la expresión y a la comunicación de los sentimientos y de las voliciones, sino que constituye una de las funciones esenciales mediante las cuales la vida del sentimiento y de la voluntad se organiza y alcanza por fin su forma específicamente humana. El mundo de la voluntad es *obra* del lenguaje no menos que el mundo de la "representación". El lenguaje no es únicamente el medio donde se produce todo intercambio de sentimientos y de voluntades así como de pensamientos, antes bien, desempeña un papel activo y constitutivo en la formación de la conciencia de la voluntad. El "cambio de tonalidad" especial que se produce por el empleo del lenguaje, otorga a esa conciencia su perfección y su realidad específica. Las primeras expresiones vocales permanecen todavía enteramente bajo el signo de la emoción. Son provocadas por una influencia que el organismo experimenta por obra de algún estímulo externo y expresan inmediatamente la conmoción que este estímulo suscita. La emoción se descarga en el grito, en la exclamación de dolor o de alegría, pero persiste primero, inmutable en su esencia propia, cuando se exterioriza de esta manera. La perturbación interna, violenta y explosiva, se abre un camino hacia afuera, pero esta expansión externa no hace más que continuarla, no la modifica ni la transforma. Sin embargo parece que se convierte en otra cosa en el momento preciso en que el lenguaje se eleva a su más alta forma intelectual, cuando pasa

del estadio de la simple "comunicación" al de la "proposición", de la "representación" propiamente dicha⁸. Pues la emoción aprehendida y representada por la palabra ya no es lo que era al comienzo: ha sufrido por mediación de la proposición una especie de metamorfosis y de metempsicosis. "La actividad subjetiva —destaca G. de Humboldt— forma en el pensamiento un objeto. Pues ninguna clase de representación puede ser tratada como una simple contemplación de un objeto preexistente. Es necesario que la actividad de los sentidos se una sintéticamente al acto interno del espíritu. La representación resulta de esta unión: ella deviene, frente a la fuerza subjetiva, un objeto, y, percibida ahora en esta cualidad de objeto, retorna a su fuente. Mas, ahora el lenguaje es indispensable. Pues mientras que en la palabra el esfuerzo intelectual se abre un camino por los labios, el efecto producido vuelve al oído del sujeto. De esta suerte la representación llega a la verdadera objetividad sin por ello perder su subjetividad. Esto, sólo el lenguaje puede hacerlo; sin esta promoción a la cualidad de objeto remitido al sujeto, siempre real cuando hay participación, aun silenciosa, del lenguaje, la formación del concepto y en consecuencia todo verdadero pensamiento son imposibles⁹. Humboldt habla aquí de la importancia del lenguaje para la producción y la formación de "ideas", para la actividad teórica de la inteligencia en sentido estricto. Pero el *principio* que

⁸ La diferencia entre la "comunicación" verbal y la "representación" verbal, ha sido, en la literatura psicológica, definida con particular precisión por K. Bühler. Cf. su artículo "Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes", en *Indogermanisches Jahrbuch*, vol. VI, 1919.

⁹ W. v. Humboldt, "Ueber die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts (Einleitung zum Kawi-Werk)", *Werke*, Akademie-Ausgabe, vol. VII, 1ª parte, p. 55.

establece es válido en el mismo sentido para la conciencia práctica de sí mismo, para ese yo que se afirma y se expresa en el querer y en el obrar. Esta conciencia de sí mismo tampoco existe desde el comienzo; la inteligencia ha de conquistarla y engendrarla y, en esta producción, la trasposición en "objeto" referido al sujeto, tal cual se opera por la palabra, es indispensable. El yo no deviene objeto de la "mirada" interna sino cuando logra captarse de esta manera en el espejo de su propia expresión. Porque toda exteriorización de los estados simples del yo acompaña ahora de una nueva manera de oírlos, de un cierto modo de percibirlos y de prestarles atención. Y esta forma de "escuchar" conduce poco a poco a una forma de "obediencia" muy alejada de la mera sumisión, de la sujeción incondicional a la emoción. La emoción, en la medida en que aprende a expresarse y a *apercibirse* en esta expresión, pierde la fuerza de coerción inmediata y brutal que ejercía sobre el yo. Aparece entonces, en un sentido no sólo teórico sino práctico, esa orientación hacia la "reflexión", que Herder en su ensayo sobre el origen del lenguaje¹⁰ considera como el factor intelectual decisivo de toda creación verbal. La organización vocal y verbal de la emoción impide su explosión prematura y puramente motriz y el abandono sin límites y sin resistencia a su impulso¹¹. El

¹⁰ *Abhandlung über den Ursprung der Sprache*, 1772.

¹¹ Desde el punto de vista genético, ¿puede seguirse detalladamente esa evolución y ese "cambio de tono" que experimenta la emoción a causa del lenguaje? No me atrevería a afirmarlo. Los trabajos que conozco acerca de la psicología del niño sólo contienen al respecto, indicaciones sumarias. Permítaseme agregar aquí una observación personal sobre el hecho que me interesa. Tratabase de un niño que tenía violentos accesos de miedo cuando veía rostros extraños. La afirmación de los mayores, de que "no se debe tener miedo" a los extraños, casi nunca surtía efectos; el niño estallaba en sollozos. Las cosas cambiaron, empero, cuando

desarrollo del lenguaje esclarece cada vez más este resultado fundamental. Todos los observadores del habla infantil convienen en que las primeras expresiones verbales del niño hállanse aún muy lejos de esta clase de representación "objetiva". Ellas no nombran "objetos", no afirman relaciones entre éstos, no existen cosas ni determinaciones de relaciones objetivas. Por el contrario, tales expresiones permanecen exclusivamente en el círculo de los estados propios del yo, y de alguna manera los exteriorizan al manifestarlos por la voz. En todas partes puede seguirse el pasaje muy progresivo desde el término de volición al término de comprobación. "El factor determinante que conduce, en principio, los primeros vocablos por encima del umbral de la palabra es —observa Stern— su acento afectivo. Este hecho está en relación con la constitución general de la psiquis infantil, donde el placer y la pena, el deseo y la aversión reinan tan despóticamente que no permiten un comportamiento objetivo de fría comprobación y de denominación. El niño es, en el sentido más pleno de la palabra, egocéntrico¹². La emoción y la necesidad inmediata son por consiguiente los primeros y más importantes impulsos a la formación de sonidos vocales y, durante largo tiempo todavía, el desarrollo de esos sonidos dependerá de aquellas fuerzas primarias. La primera dis-

el niño, poco después de cumplir dos años comenzó a hablar espontáneamente. Frente a un desconocido, comenzaba a repetirse a sí mismo las palabras *no miedo*, y así dominaba la situación. La pronunciación de esas palabras obraba como una "exhortación" mediante la cual el niño lograba defenderse contra la explosión inmediata de la emoción y a calmarse por completo al cabo de algunos momentos.

¹² Cf. y W. Stern, *Die Kindersprache*, p. 181. Cf. W. Stern, *Psychologie der frühen Kindheit*, 3^a ed., Leipzig, 1923, pp. 111, 303.

tinción de los sonidos vocales corre pareja con el desarrollo progresivo y la diferenciación de las tendencias y necesidades. Pero, en la medida en que el "verdadero" lenguaje despierta en el niño, cuando la "conciencia simbólica" que lo caracteriza aparece, también hace caer la corteza de la pura emotividad. Su dominio absoluto y despótico está desde entonces quebrantado. Ya no puede reinar ahora sin restricción; pues de una manera siempre más clara y más consciente, ciertas fuerzas intelectuales entran en acción contra ella sobre el mismo plano. La filosofía del lenguaje, hasta aquí siempre interesada en el pensamiento puro, en la construcción del mundo de la representación *teórica*, apenas si ha podido contribuir al esclarecimiento de este hecho. Pero el relieve que le ha dado la historia de la moral nos lo ha hecho muy familiar bajo otra forma. Desde el tiempo de la moral griega, con las interpretaciones y justificaciones más diferentes, la subordinación de las pasiones a la ley y a las órdenes del "logos" ha sido presentada como una exigencia filosófica esencial, como el verdadero imperativo moral. Los primeros pensadores que establecieron esta exigencia tenían una muy clara conciencia del sentido propio y primitivo del logos y de su relación íntima con el mundo del lenguaje. Contra el poder de las emociones como puras *πάθη* apelaban a la actividad de la "ratio", de la razón incorporada al lenguaje. Este poder debe ser limitado a causa de que la pasión se ve obligada a expresarse y, por ende, a someterse a la jurisdicción de la lengua. Esta necesidad de traducirse, del *λόγους δίδοναι*, constituye el principio fundamental de la moral que Sócrates descubrió y transmitió a Platón. El proceso de la inducción y el de la "mayéutica" socráticas no son otra cosa que el método por el cual se hace "hablar" a la conciencia asegurándose así la fuerza

que reside en la espontaneidad propia e inviolable. De tal suerte, con el lenguaje el hombre no sólo adquiere un nuevo poder sobre las cosas, sobre la realidad objetiva, sino también un nuevo poder sobre sí mismo. Para el niño el primer dominio de las cosas depende enteramente de la potencia de la palabra y no puede contar más que con ella; pues es sólo gracias a la palabra que le es factible obtener el apoyo y la asistencia que necesita en todos sus actos. Pero la nueva función de mediación de la cual así toma conciencia y de la que aprende a servirse cada vez más libremente, reacciona a su turno sobre él mismo. El medio para el dominio de las cosas deviene al mismo tiempo un medio y un verdadero órgano para el dominio de sí. En ambos casos la conciencia llega a dominar al ser a través de un proceso bilateral, un verdadero proceso dialéctico. Ella se apropia del ser —tanto del ser "externo" como del "interno"— cuando logra alejarse de él, separarlo de ella a "distancia" conveniente. El lenguaje siempre participa esencialmente en la conquista de esta nueva "perspectiva". Pues no puede contentarse con aprehender objetos y llevarlos consigo; sólo llega a dominarlos por el acto de la *designación* simbólica, esto es, por un acto puro de mediación espiritual. El lenguaje opone invariablemente otra dirección, afectada de signo contrario, a la tendencia, al apetito y a la pasión que van derecho a las cosas. En él coexisten siempre atracción y rechazo, que permanecen en una suerte de equilibrio ideal, pues a la necesidad de atraer inmediatamente las cosas a sí e incorporarlas simplemente a la esfera del yo, opónese aquí otra necesidad, la de alejarlas del yo, de ponerlas fuera de él, al solo fin de hacérselas "representables" y de convertirlas en objetos, por el acto mismo que las pone fuera de él. La fuerza de "atracción" es equilibrada por la fuerza de "abstracción" La con-

vergencia hacia las cosas que tiene lugar en el lenguaje es al mismo tiempo una manera de desviarse de ellas. La conjugación y la interacción concreta de estos dos procesos condiciona y posibilita esa suerte de apropiación intelectual del mundo, que es el rasgo esencial y característico del lenguaje ¹³.

V

Pero junto al mundo de los objetos "externos" y al mundo del yo personal, también el mundo *social* debe ser, en rigor, abierto y conquistado progresivamente por el lenguaje. El *primer* paso que el yo da en el camino de la objetividad no lo conduce a un mundo de objetos, de meras "cosas"; el mundo del "tú" es el objeto de su atención antes que este mundo de cosas; antes que el mundo del "esto". La orientación hacia el "tú" es primaria y primitiva, y se presenta tan fuerte y preponderante que toda conciencia de simples "cosas", para aparecer como tal y para llegar a destacarse, durante largo tiempo deberá revestirse todavía con la forma del "tú". Pero esta especie de participación en la vida de un otro y esta simpatía sólo es verdaderamente realizada y posibilitada por el lenguaje. El lenguaje es la aurora de esta conciencia social y, hasta en sus formas más sutiles y elevadas, ésta aparece siempre como bañada en su luz. Fue también Humboldt quien, en la exposición de los principios de su filosofía del lenguaje, presentó esta idea con clásica pre-

¹³ Esta importancia de la "abstracción" verbal ha sido particularmente destacada por Delacroix. Cf. *Le langage et la pensée*, p. 76: "Para tener verdaderamente un lenguaje, es preciso abstraerse de sus reacciones afectivas, tratar sus propios estados como cosas y establecer entre ellos relaciones, esto es, pensarlos y establecer entre ellos y ciertos movimientos, una relación regular de correspondencia".

cisión y en toda su hondura: "En todo cuanto agita al corazón humano y particularmente en el lenguaje, no sólo hay una aspiración hacia la unidad y la universalidad, sino también la intuición, la íntima convicción de que el género humano, pese a todas las divisiones y diferencias, es uno e indivisible en su esencia y en su destino último... La individualidad separa, pero de tan singular manera que esta separación despierta directamente el sentimiento de la unidad y parece ser un medio de restablecerla, al menos de un modo ideal... Pues en su profunda e íntima aspiración a la unidad y a la universalidad, el hombre querría franquear las barreras de su individualidad, pero es como el gigante que sólo extrae su fuerza del contacto con la tierra materna; por lo tanto, debe educar esta individualidad en ese círculo superior, ya que es de ella de donde toma todo su poder. En consecuencia, hace siempre progresos crecientes en una aspiración en sí imposible. Es aquí que el lenguaje viene a ayudarlo de manera en verdad milagrosa, el lenguaje que une al mismo tiempo que aísla y que encierra en la envoltura de la expresión más individual la posibilidad de una comprensión universal. La misma aspiración que lleva la vida interna del hombre a la unidad tiende también a relacionar, exteriormente, a todo el género humano. El individuo, considerado en el lugar, en el tiempo y en la modalidad de su existencia, es un fragmento desprendido del género entero y, el lenguaje prueba y sostiene esa eterna relación que domina el destino del individuo y la historia del mundo" ¹⁴. De hecho, toda adquisición verbal, todo acto, incluso el más simple, de "aprendizaje" de la lengua es una patente confirmación de esta verdad. Pues la lengua nunca es meramente *transmitida* como un ob-

¹⁴ Humboldt, "Ueber die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues". *Werke*, Akademie-Ausgabe, vol. VI, 1ª parte, p. 125.

jeto de propiedad ya listo, antes bien, su apropiación efectiva invariablemente exige todas las fuerzas del individuo. El lenguaje humano nunca es adquirido por simple "imitación" sino que en cada caso individual debe ser conquistado y formado de nuevo. No hay un "lenguaje infantil" general: cada niño habla su *propia* lengua y permanece durante largo tiempo obstinadamente adherido a ella. Pero, en este aparente individualismo, el sentido del Todo está vivo y operante. La actividad egocéntrica de la palabra, en cuanto pura expresión de *sí*, cede cada vez más el lugar a la voluntad de hacerse comprender y por allí a la voluntad de universalidad. Cuanto más progresa el niño en su desarrollo verbal, más se despierta y se fortifica en él la conciencia de que existe un uso universal y objetivamente válido del lenguaje. Parece que la conciencia de este valor *especial* que reside en la norma del lenguaje sea, al despertar de la vida intelectual, uno de los ejemplos más importantes y más precoces para dar el sentido de la norma *en general*. Es en la unión de las palabras, en la sumisión al sentido universal de éstas, que el niño puede experimentar más temprana y directamente el carácter esencial del vínculo social, de lo normativo como tal. El niño mismo teje la trama de la lengua y la retoca de continuo, pero no puede construirla enteramente con sus propias manos, viéndose remitido al trabajo colectivo, continuo y permanente. El edificio de la lengua sólo se construye por esa colaboración igual de todos, convirtiéndose ella de esa suerte en el más fuerte lazo entre quienes la han creado en común y la elaboran entre sí y para sí. Ya la tendencia siempre creciente del niño a *preguntar* los nombres de las cosas aclara este estado de hecho. Pues la pregunta que necesita una respuesta, que solicita y espera una respuesta, probablemente constituye la forma más sutil de la

relación "social" en cuanto relación no ya puramente práctica, sino intelectual y moral. Lo que se expresa en ella es la necesidad de asistencia ya no física, como en las expresiones puramente emocionales, sino intelectual. En la construcción de la conciencia humana quizá no haya paso más grande y más importante que aquel que lleva de la expresión vocal en forma de grito o de cualquier otra interjección emocional a la expresión en forma de *pregunta*. Pues es en la pregunta que por vez primera se rompe la coerción de la necesidad física y es puesto el fundamento de la libertad espiritual. En la pregunta se expresa por vez primera una curiosidad dirigida no hacia la posesión de un objeto, sino a la adquisición de un conocimiento. Es el comienzo de toda "curiosidad intelectual" verdadera y pura. Con su preguntar acerca de los nombres, el niño penetra por vez primera en el mundo del saber. Con la pregunta: ¿por qué?, que aparece más tarde con precisión e insistencia tan características, el niño ha alcanzado ya una de sus *cumbres* intelectuales. Pues desde entonces, si bien el *contenido* de lo cognoscible no le es todavía dado, su *forma* pura le está abierta. La pregunta: "¿qué es?" (τί ἐστι) y la pregunta "¿por qué", definen en realidad todo el círculo del conocimiento en un juicio panorámico provisorio, delimitan en cierto modo el horizonte de lo cognoscible, de lo que puede y merece ser preguntado. Y en este doble desarrollo, cabe también, a mi parecer, probar la existencia de una reorganización y de una transformación específica de la conciencia *social*. Preguntas y respuestas establecen entre los individuos un vínculo diferente al orden y la defensa, la obediencia o la resistencia. Puede decirse que los sonidos vocales emitidos por el niño sirven exclusivamente para comunicar necesidades y deseos, que el lenguaje no es entonces más que un "medio

de contacto para la satisfacción de las necesidades" ¹⁵. Pero la nueva relación de interrogación crea una nueva relación de comunidad: engendra el primer contacto propiamente espiritual entre los miembros de la comunidad. Aun la observación psicológica pura puede demostrar siempre que, en la medida en que el lenguaje adquiere caracteres objetivos, recíprocamente toda actividad es espiritualizada por relaciones sociales: "la espiritualización subjetiva de la actividad crece con la conquista del mundo de los objetos por el lenguaje" ¹⁶. El hecho de que la conciencia social, en sus formas más precoces y más simples, parece directamente vinculada con ese concurso del lenguaje, muestra cuán íntima es esa reciprocidad. El individuo que queda fuera de la comunidad lingüística es también por ello excluido de la comunidad social en general. El hombre que habla una *lengua extranjera* aparece como el extranjero, y nada más, como el "bárbaro" con quien ya no subsiste ningún lazo de moral humana. Aun el hombre de elevada cultura intelectual se convierte en un "bárbaro" tan pronto como no puede hacerse comprender por la palabra en la comunidad donde vive. Es lo que expresa Ovidio en sus *Tristia ex Ponto*: "Barbarus hic ego sum quia non intelligor ulli". La historia de la humanidad nos enseña cuánto trabajo cuesta, qué esfuerzo intelectual es necesario para comprender la idea de una comunidad supralingüística, de una *humanitas* cuya unidad ya no es mantenida y constituida por el empleo de una lengua particular. La idea de esta "humanidad" conduce más allá de la lengua; pero la lengua es para ella un punto de pasaje obligatorio, una etapa necesaria en el camino que lleva a ella.

¹⁵ Cf. Charlotte Bühler, *Kindheit und Jugend*, p. 89.

¹⁶ *Ibid.*, p. 147.

VI

Con el fin de entender cabalmente la significación del lenguaje en la construcción de la conciencia, hemos todavía de examinar un último factor. El lenguaje no sólo coopera en la construcción del mundo de los objetos, del mundo de la percepción y de la intuición objetiva, sino que es indispensable para la construcción del *mundo de la imaginación pura*. Ambas obras son de importancia pareja, ya que todos los estadios primitivos de la conciencia caracterizan precisamente por el hecho de que aún no se ha establecido la franca separación entre "fantasía" y "realidad", entre "imagen" y "cosa", entre "lo representado" y "lo real". En lo que hace a esas oposiciones, estos estadios se hallan todavía en una situación de indiferencia: la separación y la distinción de esas ideas no se han efectuado todavía, tal como ellas lo serán más tarde en el pensamiento analítico donde se prosiguen, gracias al lenguaje, de una manera cada vez más pronunciada ¹⁷.

También el mundo infantil del juego encuéntrase por completo, al menos en sus comienzos, bajo el signo de esta indiferencia. La interpretación de los "juegos de ilusión" es aún, por lo que yo sé, muy discutida en la psicología infantil contemporánea. No parece haberse llegado a un acuerdo unánime en punto a la "significación" propia de estos juegos. ¿Reina en ellos, pregúntase, una verdadera ilusión? ¿Cree el niño en la realidad de los acontecimientos que se desarrollan ante él en el juego, o no es éste más que un mero espectáculo y la actividad del niño se limita esencialmente a asignar sus papeles en el espectáculo a las personas y a las cosas particula-

¹⁷ Cf. mi *Philosophie der symbolischen Formen*, vol. II, p. 47.

res? ¹⁸ Pienso que la dificultad de llegar a una decisión clara con respecto a ese problema proviene de un error de principio inherente al planteo mismo de la cuestión. La psicología sitúase aquí frente a uno de esos problemas en que se expone demasiado fácilmente a una ilusión metodológica; corre ella el riesgo de cometer el error que W. James ha llamado el "sofisma del psicólogo". "La peor trampa para el psicólogo — escribe James — consiste en la confusión de su propia perspectiva con la del hecho mental que él describe. Es lo que llamaré desde ahora el sofisma *par excellence* del psicólogo ... Una variedad del sofisma del psicólogo es la suposición de que el estado mental estudiado debe tener conciencia de sí mismo, cuando el psicólogo tiene conciencia de él" ¹⁹. Me parece que James ha descrito con precisión y rigor perfectos la falta en que incurre el psicólogo que observa y analiza, cuando, en presencia del juego del niño, plantea la pregunta: ¿hasta qué punto "se toma él en serio"? ¿Qué parte debemos asignar, en el antropomorfismo pueril del niño, a la seriedad real, qué parte al mero juego? El fenómeno observable del juego no puede dar a este problema una solución exenta de equívocos, porque toda esa distinción que el análisis psicológico introduce y proyecta en él, le es primitivamente extraña. Y de que le es extraña, de que por cierto se da aquí una interpenetración particular, una "concrecencia", entre "imagen" y "cosa", entre "realidad" y "apariciencia", la prueba de ello la encontramos no sólo en la creación mítica, donde siempre se ha visto la fuente y el prin-

¹⁸ Compárese sobre esta cuestión W. Stern, *Psychologie der frühen Kindheit*, cap. XX, 3, "Illusion und Illusionseinsicht", 3ª ed., p. 217, y K. Bühler, *Die geistige Entwicklung des Kindes*, 2ª ed., p. 108.

¹⁹ James, *The principles of psychology*, Londres, 1901, t. I, p. 196.

cipio del antropomorfismo infantil, sino en la creación verbal. Como en todas las formas esenciales de la conciencia intelectual "primitiva", lenguaje y mito obran aquí solidariamente, y no es sino por su solidaridad y sus constantes reacciones mutuas que pueden dar nacimiento a esas formas ²⁰. La cuestión: de esas dos funciones, cuál es la que da y cuál la que recibe, cuál la primitiva y cuál la derivada, apenas puede suscitarse; su penetración y su solidaridad es, en principio, la única realidad observable. Apliquemos este principio a la estructura y a la génesis de la conciencia infantil y volveremos a encontrar también allí la doble determinación y el doble uso del mito y del lenguaje. Pues el niño no *ve* en el mundo un mundo de esencia idéntica a la suya e inteligible para él, sino porque se halla en continua relación *verbal* con ese mundo. Todo ser le parece animado, porque se abre a él a través del lenguaje y responde a sus preguntas. Para el niño, con este comercio condicionado por el lenguaje vincúlase no sólo toda relación con lo que es específicamente humano, sino también toda relación con el mundo de los objetos. Pues todo cuanto rodea al niño le "habla" de alguna manera. Las cosas, los acontecimientos "lo llaman", forman con él una comunidad lingüística, y ello significale una verdadera comunidad vital. A este respecto podríamos arriesgar la siguiente paradoja: el niño no habla a las cosas porque las considera animadas, sino que, por el contrario, las considera animadas porque habla con ellas. Al principio no son para él meros objetos que ejercen sobre él acciones puramente físicas: son el compañero, el otro, el interlocutor de una especie de *diálogo*. Él espera, exige de ellas una respuesta, y es

²⁰ Para más detalles, véase mi estudio: *Sprache und Mythos. Ein Beitrag zum Problem der Götternamen* (Studien der Bibliothek Warburg, VI), Leipzig, 1924.

en ésta que se establece la primera verdadera relación mutua entre las cosas y el yo. La diferencia fundamental entre la mera *relación con una cosa* y la relación propiamente moral e intelectual, la relación yo-tú, consiste precisamente en que sólo la segunda es perfectamente recíproca y reversible. Las cosas y el yo siguen siendo, en todas sus relaciones, dos seres esencialmente extraños el uno para el otro; dos seres que pueden intercambiar acciones de continuo, pero tales acciones nunca lo gran suprimir la diferencia *substancial* que los separa. "Sujeto" y "objeto", el sí mismo y el mundo, se oponen como el "yo" y "no-yo".

Allí donde comienza a desarrollarse esa relación pura con las cosas y allí donde llega ella a predominar en la conciencia humana, el mundo ha caído definitivamente al nivel de la mera materia. Puede ser dominado, sometido cada vez más a la voluntad humana, pero, precisamente a causa de esta forma de subordinación, vuélvese mudo para el hombre, no le habla más. Pues no existe verdadero *discurso* sino allí donde hay verdadera conversación, allí donde los interlocutores no sólo están vueltos el uno hacia el otro, sino coordinados el uno al otro como iguales. Constituye un hecho típico el que la lengua, incluso cuando crea designaciones para las relaciones puramente objetivas, guarda todavía un recuerdo de esa relación fundamental. En alemán la expresión *sich entsprechen* recuerda a qué punto la pura relación objetiva es originariamente interpretada y comprendida como relación verbal.

Y lo que me parece un rasgo característico y decisivo del juego infantil, es que nos trasporta a un mundo en que las dos formas de relación no están todavía separadas en ninguna parte, sino que permanecen entremezcladas e inseparables. Juego

y lenguaje están interiormente y realmente asociados el uno al otro. Tal vez no haya un solo juego infantil susceptible de calificarse de "juego mudo": no existe uno solo que no esté penetrado por la actividad del lenguaje, del lenguaje interior al menos, animado y llevado por ella. Incluso la emisión vocal externa parece ser un verdadero factor esencial del juego: sin ella el juego no puede desarrollarse ni llegar a ser completamente él mismo. La actividad verbal no es sólo una circunstancia concomitante de toda actividad lúdica: es su estimulante continuo. La inclinación al juego se vincula en gran medida con la inclinación hacia la fabulación y no puede separarse de ésta. La fantasía infantil, al igual que la fantasía artística, envuelve cuanto toca, todo lo que marca con su sello, "con el ropaje florido de la fábula", y esta fábula es fábula imaginada y fábula hablada. La palabra es sugerida por la imagen y la imagen por la palabra, a tal punto y tan bien que ambas viven, operan, existen la una por la otra. Todo antropomorfismo infantil arraiga sólidamente en ese antropomorfismo cuya condición y alimento perpetuo es el lenguaje; se funda sobre el sentimiento, que el escepticismo todavía no ha conmovido ni turbado, de que hay una intuición inmediata de las cosas, porque poseemos un medio para "entendernos" con ellas, porque, en la respuesta y en la relación, podemos relacionarnos directamente con ellas.

VII

Pero si nos representamos en toda su amplitud la significación del lenguaje para la construcción del mundo de la representación y del mundo de la fantasía, parecerá entonces que de esa misma idea

despréndese una objeción final y decisiva contra su alcance. Pues si se revela como un medio específico de "humanización", de antropogonía, por esta razón misma parece condenado a permanecer confinado y prisionero para siempre entre los límites del antropomorfismo. El lenguaje desarrolla dentro de sí un mundo de símbolos cada vez más rico y finalmente articulado, pero se encierra a sí mismo en la red que ha construido; incapaz de penetrar en la esencia verdadera de las cosas, la sustituye por un mero signo. La crítica escéptica del lenguaje siempre ha insistido sobre este punto, y toda su polémica se halla dirigida en el sentido de este *único* argumento. El lenguaje no es, para ella, un *organon* del conocimiento, de la aprehensión verdadera del ser; por el contrario, es el lenguaje que se interpone siempre entre los hombres y la realidad, que teje sin cesar un velo de Maya con el cual nos va envolviendo paulatinamente. Si no logramos liberarnos de sus engaños, destrozará la ilusión que produce y alimenta de continuo, jamás podremos alcanzar la verdad del ser, tanto del ser "interior" como del ser "exterior". Pues el ser interior es más oscurecido y ocultado por el lenguaje que descubierto por él. Por el hecho mismo de que intentamos expresar el contenido de la existencia interior y personal, de fijarlo de alguna manera en una palabra, la significación última de esa existencia está ya perdida y anulada. Un anatema cruel parece pesar sobre el lenguaje: todo lo que nos muestra, también nos lo esconde y, fatalmente, en su esfuerzo por hacer consciente y manifiesta la naturaleza de las cosas, por captarla en su esencia, la deforma y la desfigura necesariamente. Esta crítica y el requisitorio que se extrae de ella vuelven a encontrarse en todo el curso de la historia del espíritu. Se las oye del lado de la crítica del co-

nocimiento como del lado de la mística, de la filosofía y de la poesía:

*Warum kann der lebendige Geist dem Geist
[nicht erscheinen?
Spricht die Seele, so spricht, ach! schon die
[Seele nicht mehr*²¹

Pero, por otra parte, es también la poesía la que con mayor seguridad y justeza puede valorizar dicha crítica, ya que es el lenguaje del verdadero poeta el que alcanza la síntesis más elevada, que ofrece la mediación y la conciliación más clara de los opuestos. En ella lo particular deviene universal, lo universal deviene particular. Cada creación verbal genuinamente poética y, sobre todo, cada creación puramente lírica, aparece como una solución del misterio de toda existencia particular. Lo más individual puede convertirse en la expresión de una idea absolutamente universal, traducir adecuadamente su contenido, develar por completo su sentido. Cuando el verdadero genio lírico expresa un sentimiento, nos lo da como algo momentáneo y único que nunca existió antes. Y nosotros no lo recibimos como algo conocido, ya dado: es una verdadera creación nueva; constituye, en sí mismo y por sí mismo, un enriquecimiento definido de la existencia. Y sin embargo, esta innovación no nos revela nada que llegue de afuera, nada extraño; todo ocurre como si su carácter nos fuera familiar desde siempre. Nuestro ser interior no resulta oscurecido, nuestro sentir no experimenta malestar alguno; al contrario ambos parecen realmente liberados por el lenguaje y traídos a la luz en su

²¹ ¿Por qué el espíritu viviente no puede manifestarse al espíritu? Cuando el alma habla, ¡ay de mí, ya no es el alma que habla! (Schiller, *Votivtafel*, N.º 41: Sprache).

forma primitiva pura. Tal vez no es por azar que esta dirección específica y esta característica fuerza original del lenguaje, casi siempre desconocidas o menospreciadas por los *teóricos* puros, hayan encontrado su expresión y definición más claras en las reflexiones de un *poeta*. En un conciso artículo de pocas páginas, "Acerca del perfeccionamiento progresivo del pensamiento en la palabra"²², H. von Kleist planteó con vigor magistral el problema que estamos tratandó. Parte él del hecho que el lenguaje de ningún modo se limita a comunicar pensamientos preexistentes, sino que es un mediador indispensable para la *formación* del pensamiento, para su devenir interno. El lenguaje no es una mera *transposición* del pensamiento en forma verbal; él coopera esencialmente al acto primitivo que lo *establece*. No sólo refleja hacia afuera el movimiento interno del pensamiento, sino que es para éste un tema, un estímulo y una causa motriz de primera importancia. La idea no es anterior al lenguaje; ella se forma en éste y por éste. Decimos: el apetito viene comiendo. Y esta ley empírica sigue siendo verdadera cuando se la parodia diciendo: la idea viene hablando... Pienso en el mazazo de Mirabeau despachando al maestro de ceremonias después de levantar la última sesión real, el 23 de junio. El rey había ordenado que los Estados se disolvieran. El maestro de ceremonias volvió a entrar en la sala de sesiones donde los Estados permanecían reunidos y les preguntó si habían oído la orden real. "Sí", respondió Mirabeau, "hemos oído la orden del rey". Estoy seguro que, en este comienzo muy moderado, no pensaba él todavía en las bayonetas con las que debía concluir su respuesta. "Sí, señor", repitió "la hemos

²² *Ueber die allmählige Verfertigung der Gedanken beim Reden.*

oído". Se ve que todavía no sabe él perfectamente lo que quiere. "¿Pero quién os autoriza", continuó —y he aquí que bruscamente mana en él una fuente de ideas grandiosas— "quién os autoriza a hablar aquí de órdenes? Nosotros somos los representantes de la nación". He aquí lo que él buscaba: "¡La nación da órdenes, no las recibe!", para lanzarse a la cumbre de la temeridad. "Y para explicarme todavía más claramente..." y es entonces cuando encuentra la expresión de toda la resistencia a la cual su alma se prepara: "Id y decid a vuestro rey que nosotros no abandonaremos nuestros lugares más que por la fuerza de las bayonetas". Y la conclusión que extrae Kleist de la evocación de esa escena memorable, es que para el verdadero orador que no comunica pensamientos ya hechos, sino en quien los pensamientos son como relámpagos que iluminan el torrente de la palabra, el lenguaje no es una traba ni un freno para la rueda del espíritu, sino "como una segunda rueda que corre paralelamente a la primera y sobre el mismo eje"²³. Esta feliz comparación caracteriza bien la relación fundamental entre pensamiento y lenguaje. La dinámica del pensamiento corre pareja con la dinámica del discurso. Entre ambos procesos hay un constante intercambio de fuerzas. Todo el ciclo del devenir intelectual y moral depende de este intercambio, que sustenta continuamente su movimiento.

VIII

En las indicaciones precedentes sólo he pretendido apuntar algunas sugerencias, sin pensar ni

²³ Cf. Heinrich v. Kleist, *Werke*, ed. Erich Schmidt, vol. IV, p. 76.

pretender agotar el tema con el cual se vinculan. Sólo mediante la colaboración, más efectiva que en el pasado, de todas las disciplinas que participan en el estudio del lenguaje, será posible solucionar realmente y dominar los problemas que aquí se acumulan. La lingüística, la filosofía, la psicología, la patología del lenguaje, la historia de la literatura, la estética, siguen todavía caminos bien separados. En nuestro trabajo común nos vemos obstaculizados por ideas convencionales y tradicionales, por la consideración de fronteras superficiales y técnicas. Cada uno expone las cuestiones fundamentales partiendo de su punto de vista e intereses especiales; cada uno debe abrirse su camino propio y elaborar penosamente y de primer intento todos sus conceptos metodológicos. No desconozco ni discuto la naturaleza propia y los objetivos particulares de las investigaciones especializadas, pero, por otra parte, me parece que es por su síntesis y por su orientación hacia un objetivo común que podrá elucidarse de verdad el problema filosófico del lenguaje. Las mismas ciencias fundamentales del lenguaje con frecuencia sufren hoy de ese destino que lleva a cada una, en su contenido y en su método, a hablar su propia lengua. La finalidad de estas sucintas observaciones habrá sido alcanzada si ellas logran establecer puentes entre esas ciencias y contribuyen al progreso por el cual ellas aprenderán a conocerse y a comprenderse.

ERNST CASSIRER

Traducción de Ida Germán de Butelman.

LA ONOMATOPEYA Y LA FUNCION REPRESENTATIVA DEL LENGUAJE

La propensión a "pintar" con ayuda de los sonidos encuéntrase no sólo entre los poetas, sino también en todos los aspectos del lenguaje en general. No es, en suma, más que una de las manifestaciones del esfuerzo realizado por el hombre para abolir el carácter indirecto que el lenguaje comparte con otros instrumentos de la civilización. Esta apatencia de realidad concreta que, por una parte, entraña el deseo de retornar al contacto directo con lo real sensible y, por la otra, la necesidad aún más poderosa de llegar a penetrar directamente hasta la intimidad misma de la vida universal, constituye una actitud psicológicamente muy explicable en el sujeto hablante. El hombre que ha aprendido a leer e interpretar el universo mediante los sonidos sabe muy bien que el instrumento intermedio constituido por la lengua y sus leyes propias lo aparta de la profusión inmediata que el ojo es capaz de absorber, el oído de oír y la mano de asir. En más de una oportunidad intenta volver a esa intuición de la realidad, sin renunciar, no obstante, a la representación por medio de los sonidos. La teoría del lenguaje debe reconocer y explicar dónde y cómo puede llevarse a cabo ese retorno a lo sensible sin que el lenguaje mismo sea destruido. Si en forma deliberada nos proponemos dejar de lado el sistema usual de las lenguas, no hay duda de que nos hallaremos en completa libertad de usar onomatopeyas a nuestro antojo: la cuestión reside en saber si y cómo es posible hacerlo